LIBRO dot.com

Setenta balcones y ninguna flor
Antología poética

Baldomero Fernández Moreno



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Setenta balcones y ninguna flor

Setenta balcones hay en esta casa,
setenta balcones y ninguna flor...
¿A sus habitantes, Señor, qué les pasa?
¿Odian el perfume, odian el color?

La piedra desnuda de tristeza agobia,
¡dan una tristeza los negros balcones!
¿No hay en esta casa una niña novia?
¿No hay algún poeta lleno de ilusiones?

¿Ninguno desea ver tras los cristales
una diminuta copia de jardín?
¿En la piedra blanca trepar los rosales,
en los hierros negros abrirse un jazmín?

Si no aman las plantas no amarán el ave,
no sabrán de música, de rimas, de amor.
Nunca se oirá un beso, jamás se oirá una
clave...

¡Setenta balcones y ninguna flor!

Palabras

Me borré el doctor
hace mucho tiempo.

Borré la inicial
de mi nombre feo.

No quiero ser nada
ni malo ni bueno.

Un pájaro pardo
perdido en el viento.

Dalmira

Tu nombre es terso, claro, deslumbrante,
como la hoja desnuda de una espada.
En el aire se aguza como el aire
y en el agua se estría como el agua.

Para ser suspirado entre palmeras,
al fondo del harén, a una sultana,
entre un rebaño pálido de eunucos
y el brillo corvo de las cimitarras.

Presentación

Esta que viene aquí toda vestida
de un traje blanco y un negro sombrero
tiene la obligación de mi sendero
y las rosas y espinas de mi vida.

Porque una noche el ánima afligida,
mustia de soledad, dijo: Te quiero.
Hace ya mucho tiempo que te espero
con una mano lánguida extendida.

Era una rara orquesta de violines,
era un pasar de extraños bailarines,
era un degüello de camelias rosas

bajo tus finas manos temblorosas.
¡Era que el corazón se me moría
de tanto, amada, como te quería!

Por el Amor y por Ella
(Fragmentos)

En virtud de mi amor y de ¡ni lira,
por hermosa y por buena, te prometo
que ha de sonar tu nombre por el mundo
y a través de los tiempos.

Por el balcón abierto de mi cuarto,
sobre las casas de azoteas, veo
cómo estira su raso luminoso
y más azul que nunca nuestro cielo.
Apenas una nube nacarada
y un soplo ligerísimo de viento.
El mismo... que deshoja pétalo por pétalo
este ramo de ayer
sobre la mesa en que trabajo y sueño.

Un ruidito de picos y palas,
pues arreglan la calle unos obreros,
que llega a mi habitación, y algunas notas
de un cantar quejumbroso y soñoliento
con que acompañan su trabajo rudo:
mañana y tarde la cabeza al suelo.
Porque el amor florece santamente,
rosas gemelas en distintos pechos,
para estos pobres que trabajan tanto,
¿verdad, amada, que seremos buenos?

Dormida su pereza y su linaje
mi galgo ruso de nerviosos remos,
y qué aguda y vivaz es su cabeza,
como engolada en su collar de cuero.

Una faja de luz entra impetuosa...
y se duerme después en la gastada
fábula de un tapiz: un caballero
que le ofrece una flor a una pastora...
Así que en el henchido cuarto mío,
de campaña, de sol, de firmamento,
hay un júbilo de átomos dorados,
y estremecido yo, vibro con ellos.

Estoy solo en mi casa,
entre cuatro grabados y unos versos.
Ha empezado a llover, y grandes gotas
tamborilean ya sobre mi techo.
Se quejan los molinos,
silba un tren a lo lejos,
rueda hacia la estación una volanta...
tiembla sobre mi frente
la hilada claridad de un foco eléctrico.
Prolonga tras la puerta sus aullidos,
loco de tempestad, mi pobre perro.
Yo no le abro porque me interrumpe,
alborozado, ciego...
Suenan las doce en el reloj de al lado.
Transcurre media hora en que me quedo
perdida la mirada en cualquier cosa,
la mano izquierda en el revuelto pelo
y vacilante sobre los renglones
la pluma seca y floja entre los dedos...
Soledad. Buenas noches. Y sosiego.

Anoche fue el minuto inolvidable
en que cambiamos el primer te quiero...
Se lo dirán las flores a las flores,
se lo dirá un lucero a otro lucero...
Y lo sabrá tu cuarto de doncella,
y tu casa, tu calle, el barrio, el pueblo...

y el sur de nuestra patria entre los hielos,
y el norte rico en desmayadas frutas
y el desdeñoso continente viejo.
Porque anoche los dos, en un susurro,
yo te dije: Te quiero. Y tú: Te quiero.

1913/1918

Galope

Sobre el cristal de agua de los campos llovidos,
bajo la renovada dulzura de los cielos,
iban nuestros briosos caballos paralelos...
Y eran un punto rojo nuestros labios unidos.

Aun señor muy rico para que nos regale una casa

Jamás he visto a nadie, señor, en sus ventanas,
siempre el gris antipático de herméticas
persianas.
El hermoso jardín se muere flor a flor,
inútilmente eleva su chorro el surtidor.
Como no hay criaturas que lo pueblen de trinos,
ni siquiera gorriones saltan por los caminos.
Señor: en el divino orden del universo,
mi corazón, mis labios, se mueven para el verso,
tú, para amontonar la riqueza sin tasa...
Yo te daré mi música a cambio de tu casa.
Respetaremos todas sus magníficas cosas,
rozaremos apenas los muebles y las rosas,
yo siempre estoy soñando y ella siempre está
quieta.
Ya ves, te la pedimos un hada y un poeta.

Poemas de la almohada (Fragmentos)

Creo a veces que estás a mi lado tendida,
sobre mi brazo izquierdo la cabeza dormida.
Realidad me parece mi amorosa locura,
me sonrío a mí mismo con inmensa dulzura
y silenciosamente para no despertarte,
me inclino hacia tu rostro quieto para besarte.
Pero mis labios juntos se pierden en la nada
y mi beso se hiela sobre la fría almohada,
tal como un pajarito que en una noche aleve
al abatir su vuelo se cayera en la nieve.

Y, la ardiente mejilla sobre la fresca almohada,
digo tu claro nombre, casi sin hacer ruido:
creo que está a mi lado tu orejita rosada
y el túnel de juguete de tu oído.

Ha empezado a caer la lluvia lentamente.

Pero mi almohada tiene un hueco solamente.
Redondos de vigilia tengo abierto los ojos, los brazos como remos, los dedos casi flojos.
He aquí que una lágrima ha caído en la
almohada
y ha sonado en la funda de hilo almidonada.
Si lloro alguna noche, cuando estés a mi lado,
a la aurora tendrás el cabello mojado.

Pero hay una distancia de juncos y de arenas.
Y tú estarás dormida, con tu tierra y tu cielo,
rodeada de la noche cerrada de tu pelo.

La noche para mí es fantasmagoría,
más excitante que la misma poesía.
En el postigo albar hay una luz rosada,
primero fue violeta, luego será dorada.
Cómo cantan los gallos. Se ve que están
contentos.
No cantarían con mis pensamientos.
Siempre a la madrugada hace un poco de frío,
estrecharé a estas horas tu cuerpo con el mío.
Ahora cruza los campos un gran carro sonoro.
El día entra en mi cuarto como un labriego de
oro.

Soneto de tus vísceras

Harto ya de alabar tu piel dorada,
tus externas y muchas perfecciones,
canto al jardín azul de tus pulmones
y a tu tráquea elegante y anillada.

Canto a tu masa intestinal rosada,
al bazo, al páncreas, a los epiplones,
al doble filtro gris de tus riñones
y a tu matriz profunda y renovada.

Canto al tuétano dulce de tus huesos,
a la linfa que embebe tus tejidos,
al acre olor orgánico que exhalas.

Quiero gastar tus vísceras a besos,
vivir dentro de ti con mis sentidos...
Yo soy un sapo negro con dos alas.

Viaje

Todos duermen en el tren,
todos duermen menos yo.

Por la abierta ventanilla
mirando, mirando voy
el campo negro, que argenta
la luna con su esplendor.

Todos duermen en el tren,
todos duermen menos yo.
Nadie tiene sed de espacio,
sed de luna, sed de Dios.

Yo te dije

Yo te dije:
sol y llama.
A tu lado
me abrasaba.

Yo te digo:
rama, agua,
sombra fresca de mi casa.

Matinal soneto de amor

No ha de apagar su lámpara el poeta,
aunque el fino pincel de la mañana
el desnudo cristal de la ventana
pinte con el azul de su paleta,

sin tejer otra lírica violeta

en la ideal corona que engalana
tu divina cabeza soberana,
por buena, por hermosa y por discreta.

Vaya hacia ti mi ofrenda matutina
en la luz y en el pájaro que trina.
Una dulce mañana te deseo.

Así, mientras te vayas levantando,
verás mi puro corazón vibrando
en un rayo de sol y en un gorjeo.

A doña Dalmira López de Osornio, por cuyas venas corre la sangre terrible de don Juan Manuel

Tienes sangre de tiranos
en tus venas, novia mía;
lo sé por la tiranía
dulcísima de tus manos.
Hay instintos inhumanos
en tu fiero corazón,
en tus ojos de traición
acecha don Juan Manuel,
y es tu boca roja y cruel
como la Federación.

Perfil

A punto está de deshacerse el negro
nudo de tus cabellos sobre el hombro.
Se desharía bajo un largo beso,
con un suspiro demasiado hondo.

Baña la dulce lámpara de seda
tu cara en lluvia de reflejos rojos,

mientras que blando, perezoso y puro,
en cobre vibra tu perfil morocho.

Cuaderno

Cuaderno,
cuaderno en que la amada
copia mis versos y dibuja flores.
Eres como una rueca torneada
donde se fuera hilando, poco a poco,
toda la buena seda de mi alma.
¿En qué oculto cajón
de quién sabe qué mueble y en qué casa,
te encontrarán las manos revoltosas
de nuestros hijos? (Ella tendrá tu cara,
tus ojos sobre todo; él hará versos.)
Y abrirán el misterio de tus páginas,
un poco amarillentas por los años,
murmurarán tus versos en voz baja
y asombrándose luego, tal vez digan:
¡Mirá, papá y mamá, cómo se amaban!

Nochebuena

Nochebuena, mi amor. Nochebuena,
nace el Niño Jesús en Belén...
Tienes tú el moreno perfil de la Virgen
y yo soy tan pobre como San José.

Risa

Bajo el árbol redondo de hojas nuevas,
en el rústico banco del idilio,
ella estalló de pronto en carcajadas
como fuente que brota a borbotones.
Y estremecido el olvidado banco,

como si todo el júbilo del mundo
hinchara de vigor sus viejas fibras,
hizo saltar mi cuerpo alegremente
con renovada furia hacia las nubes.

Nocturno

La luna estaba blanca,
el cielo estaba gris.

Eran dos sombras negras
y era un beso sin fin.

La rueda del molino
dio media vuelta y empezó a gruñir.

Seguidilla

Déjame que te llame
mi chiquitita,
aunque sepa de sobra
que es gran mentira.
El chiquitito
soy yo, señora mía,
y el pobrecillo.

La horquilla abandonada

Hecha una fierecilla deliciosa
se arrojó de la cama en un momento.

Vibró un instante la cadera de oro,
rodaron por la espalda los cabellos,
sonaron unos pasos por la alfombra,

se abrió una puerta y se perdió a lo lejos.

Y me quedé solo... Un poco de tristeza
y el olor a manzanas de su cuerpo.

Pero una negra horquilla abandonada
sobre las blancas sábanas del lecho
su esbelta V a mi esperanza abría
como iniciando esta palabra: Vuelvo.

Soneto final
(Versos de "Negrita")

Esto que escribo ahora es el postrero
son de mi pobre lira fatigada,
la mano de escribir está cansada
y el corazón me dice que me muero.

Canto de cisne moribundo, quiero
te ilumine como una llamarada
y te deje por siempre señalada
a la contemplación del mundo entero.

Ahora a vivir lo poco que nos queda,
yo cada vez más hierro y tú más seda,
trazo tu nombre una vez más, Dalmira.

Y ya que al lado mío estás callando
inclina sobre mi hombro el cuello blando
baja los ojos lentamente y mira.

Lamberto

Se llamaba Lamberto, se llamaba Lamberto,
un nombre medieval como un guante de hierro.

Vivía en una casa carcomida del pueblo,
sobre la puerta escudo, sobre el escudo
yelmo.

El siempre por el monte, de caza, con sus
perros
o en la taberna, ebrio.

De su maravilloso traje de terciopelo
se enamoraban las hijas de los labriegos.

Le decían las viejas, le decían los viejos:
Muchacho, acabarás en Ceuta, por lo menos.

Lamberto se fue a México.
Mala puñalada le dieron.

La torre más alta

-La torre, madre, más alta
es la torre de aquel pueblo,
la torre de aquella iglesia
hunde su cruz en el cielo.

Dime, madre, ¿hay otra torre
más alta en el mundo entero?
-Esa torre sólo es alta,
hijo mío, en tu recuerdo.

Tu brazo de siete años
alcanzaba sin esfuerzo
una piedra a sus campanas.
¿Te acuerdas, hijo? -Me acuerdo.

Pero la torre más alta
del mundo, es la de aquel pueblo.

La calle

La calle, amigo mío, es vestida sirena
que tiene luz, perfume, ondulación y canto.
Vagando por las calles uno olvida su pena,
yo te lo digo que he vagado tanto.

Te deslizas por ellas entre el mar de la gente,
casi ni la molestia tienes de caminar,
eres como una hoja marchita, indiferente,
que corre o que no corre como quiere ese mar.

Y al fin todas las cosas las ves como soñando:
el hombre, la mujer, el coche, la arboleda.
El mundo en torbellino pasa como rodando.
Tú mismo no eres más que otra cosa que
rueda.

Piedra, madera, asfalto

Piedra, madera, asfalto.
¡Si me enterraran bajo el pavimento!

Piedra, madera, asfalto.
¡Y en una calle del centro!

Piedra, madera, asfalto.
Casi no estaría muerto.

Cena

Tranquilamente la comida observo:
son cuatro hombres y una mujer vieja.
Ellos están caídos sobre el plato,

comen con rapidez y silenciosos.
Con cada cucharada me parece
que se tragan también un pensamiento.
Y en camisa los cuatro, recogidas
las mangas hasta el codo, y en la espalda
las equis negras de los tiradores.
Ella atiende a los cuatro como puede,
solícita, nerviosa, hasta con miedo.
Se ve que con el último bocado
se han de ir a dormir sin más palabras.
La única alegría de la mesa
es un sifón azul que está en el medio.

Décima

¿Desde cuándo, desde cuándo,
hombre del hierro y la piedra,
no agito un gajo de hiedra
tras la lluvia goteando?
¿Ni por el medio cruzando
voy de un robledal sombrío?
¿Ni hundo mi cuerpo en un río,
ni una mano en una fuente,
ni un dedo en una corriente,
ni me empapo de rocío?

Regreso

Hoy fuimos lentamente
a la laguna, amigas.

Vuestros vestidos claros
festonearon la orilla.

Violeta estaba el agua,
blanca la luna arriba.

Al regresar hablábais:
Tengo las manos frías...

Tengo las trenzas húmedas...
Yo estaba distraído, y os oía.

Tormenta

Jamás he visto más revuelto el cielo,
más lóbrego, más bajo, más vibrado
de rápido relámpago azufrado,
víbora sobre torvo terciopelo.

Nunca cargué tamaño desconsuelo
ni nunca me sentí tan amargado;
aquí estoy solo, triste, hosco, callado,
erizado de furia y de recelo.

Qué envidia os tengo, árboles frondosos,
céspedes de la plaza polvorosos,
senderitos de guijas y de arenas...

Faltan para llover unos instantes
y mientras todos dormiréis brillantes
yo me iré sucio, al hombro con mis penas.

Carne con cuero

Vaquillona con cuero y un vinillo,
de Mendoza, notable.

-¡A la criolla, amigo! el dueño de la estancia.
-¡A la criolla, Señor! la esposa, en sus percales.
-¡A la criolla, Don! un peón malicioso.
Un amigo: -¡A la criolla, che Fernández!

Blando en la diestra una costilla pingüe,
larga y curvada como un viejo sable.

Mañanitas

¡Mañanitas de octubre,
después de haber llovido!

Ganas de desnudarse

en mitad del camino
y de echarse a volar
sobre los verdes trigos...

Fraternidad

Al ruso Pipkin y al judío Levy,
al lusitano Pintos, a Goñi el español
y al que escribe, hijo audaz de Buenos Aires,
vednos en fraternal conversación.

Máscara de oro nos ha puesto a todos,
sobre la misma tierra, el mismo sol.

Cocinerita

¡Vengo de la cocina, vengo de la cocina!
Traía en grandes manchas en el traje, la harina.

En las pálidas manos, entre los dedos finos,
olor agudo a especias, canelas y cominos.

Al fondo de los ojos, en grueso punto de oro,
traía de las ascuas el alegre tesoro.

De ollas y cacerolas el sonoro ludir,
traíalo en los labios al hablar y al reír.

Por besarle la frente le aparté los cabellos:
lo más sutil de todo, el humo, estaba en ellos.

Departamento

Este es, amigos, mi departamento:
tres piezas, dependencias y pileta.
Tendremos que vivir a la jineta
yo, la mujer y el hijo turbulento.

Casi no se ve el sol, no se oye el viento,
no hay donde cultivar una violeta;
los pasos quedos y la voz discreta,
no se enoje un vecino soñoliento.

Diez pisos se alzan sobre mi cabeza,
sobre mi actividad o mi flaqueza
gravita, hierro y piedra, un mundo entero.

Nadie sabrá mi risa ni mi llanto...
¡Cuán grande deberá de ser mi canto
para llenar de luz este agujero!

Resumen

Si el destino te dio mujer virtuosa,

hijos innumerables y lozanos,
piensa, mortal, que tienes en las manos
la parte de la vida más sabrosa.

Trabaja, vuelve a trabajar, reposa,
para ti será el sol de los veranos,
el dulce fuego en los inviernos canos,
el valle verde y la ribera rosa.

Gózate largamente en su presencia,
su picardía gusta o su inocencia,
mira que todo como nube pasa.

Juega con ellos de los leves talles...
No se encuentra la dicha por las calles:
si en algún lado está, será en tu casa.

César
Presentación a las estrellas

Alzo en la noche tu rollizo cuerpo,
altos mis brazos sobre mi cabeza.
Rosada fruta es tu desnuda carne,
mis manos se abren como dos bandejas.

Y coronado de tu gracia pura,
los pies hundidos en la fresca hierba,
saliente el pecho en el ligero esfuerzo,
os lo presento, atónitas estrellas.

Por una hormguita...

Las hojas verdes, las baldosas rojas,
templado el sol y lánguida la brisa,
bajo la parra familiar del patio,

en los maternos brazos sonreías.

Yo pensaba, feliz, al contemplarte:
¡dulce es el mundo, sin dolor la vida!
Cuando te echaste bruscamente al suelo
y tu inocente pie mató una hormiga.

Tú seguiste por el patio.
Rezo estos versos yo por la hormiguita.

A mi hija Dalmira

Pienso a veces con algo de tristeza
que pudiste elegir para tu viaje
-claro de luna y temblador follaje
la cuna de marfil de la riqueza.

Perdona mi poética pobreza
y el combativo hogar al que te traje,
mas tu hermano mayor será tu paje
y yo el primer cantor de tu belleza.

Y en tanto llega el día venturoso
en que venga a buscarte un rey glorioso,
pues para ti ha de haberlos todavía,

en mi pecho reposa tu hermosura.
Me lo han llenado, hija, de dulzura,
ocho lustros cabales de poesía.

A la recién venida

Hijita: con tu venida
este verano feliz,
has agregado un matiz
maravilloso a mi vida.
Que te vea yo crecida
y no quiero más riqueza:

entre la tuya que empieza
y la de ella al terminar
veré mis años pasar,
mas pasarán en belleza.

1928

Ariel

I

Te has traído, hijo mío,
cierto aspecto de viejo:
la carita arrugada,
las manos con pellejos.

Envuelto en tus pañales
y abrigados pañuelos,
apenas se te ven
cuatro pelitos negros.

Un envoltorio largo,
un conito perfecto.
Pareces realmente
un bichito de cesto.

II

De Ariel hicimos Alel,
ahora, de Alel, Alelí,
de Alelí, Lelito y Lito,
de Lito, Litín... y así.

III

Yo no he encontrado nombre más hermoso
que Ariel,
tú sabrás, hijo mío, lo que te haces con él.

A mi hija Clara

Última flor de mi áspero camino,
mejor que última flor, flor de las flores,
resumen de lo humano y lo divino,
escapas, huyes por los corredores.

Sólo veo tus rizos saltarines
y de tus dulces codos los hoyuelos,
mientras de puntas en tus escarpines
eras la bailarina de los cielos.

De bailarina tu airecillo posa,
ibas a bailar ya, y de repente
te tuve que guardar, ¡oh mariposa!,
todo era terror bajo la puente.

Ahora vas y vienes, cada día
el talle más gentil y erguido el cuello;
para mi oído, toda la armonía,
para mi ojo gris, todo el destello.

Primera nieta
ESCAPATORIA

No te he visto, Marcela, en todo el santo día,
pero sé que has estado en una escribanía.

Buen lugar para estar los dos un rato solos
y arrojar al azur todos los protocolos.

GRADOS

-Fernández Moreno, Marcela.
-Presente. -Levántate y vuela.

ANTEOJOS

¿Qué seré para ti, ante tus ojos?

Sólo una mancha gris y unos anteojos.

CANCIÓN DE LA ALIABA

Debajo de la aljaba
no te dejaba,
por si alguna saeta
se disparaba.

SESENTA AÑOS

Sol en el jardincillo de noviembre.
Un día de éstos cumplo los sesenta.
Tiende el oído como yo y escucha
el abejeo de las madreselvas.

Juan Antonio Vasco

Agradezco tus versos, Vasco, y siento
el álamo, en su hilado, y la laguna.
El talle de la niña, el de la luna,
los filos de la lluvia y los del viento.

Y renovado en ti mi sentimiento
del lugar, con tal brío y tal fortuna.
Chascomús, idealmente, fue mi cuna,
mi vaivén de lo suave a lo violento.

Que en tal contraste está la poesía.
Y en el yunque sonoro y persistente,
y en ti se hace el milagro cada día.

Y de adehala tu español, que es fuente
de una plazuela solitaria y pía.
Ciña y corte el laurel tu dulce frente.

Otros poemas

Al hueso esfenoides

Esfenoides, huesito misterioso,
calado, aéreo:
¿para qué quieres tus cuatro alas
inmóviles en medio del cerebro?

Pajarito, pajarito,
llevarás mi alma al cielo.

Palabras a mis alumnos

Nunca debí dejaros dispersar a los vientos,
discípulos queridos que me brindó el azar.
Yo debí cada curso separar unos cuantos,
llevarlos de la mano y atarlos en un haz.

Cada año regalome cuatro o cinco cabezas
en que estaba la estrella dando destellos ya.
Frontales que avanzaban como otras tantas
proas,
manojos de cabellos arados hacia atrás.

Estaba en vuestros ojos, indolente, el ensueño,
el verso entre los labios de juvenil coral;
aún más que los promedios y las lecciones
diarias,
al lado del pupitre gustábais recitar.

Estéis en donde estéis mi pensamiento os
sigue,
mi memoria, agua fresca, es de ello capaz,
ora tornéis al fondo de vuestras heredades
o baile en vuestras sienes la borla doctoral.

Ya sé que nada puede la vida rencorosa,
que lo que ha de brillar por fuerza ha de brillar,
el tallo tembloroso surgir sobre las hierbas,
la copa redondearse, los pájaros llegar.

Pero yo debí uniros a todos en mi pecho,
daros una bandera, cambiar una señal,
y, hechos una cuña de rosas y diamantes,
hender las multitudes negras de la ciudad.

Una estrella

Sobre la espuma,
sobre la piedra,

sobre el asfalto,
sobre la hierba,

sobre los cardos,
sobre las tejas,

brilla una estrella,
brilla mi estrella.

Lleva una malla
de oro y de seda.

Tiene desnudos

brazos y piernas.

A la vida

Acúsome de haber hecho
por mi vida y por mi arte
poca cosa de mi parte
y que no estoy satisfecho.
Porque si ardía en mi pecho
hoguera de inspiración,
ansia de dominación,
no debí darme vagar...
La corriente fue soñar
y trabajar la excepción.

La conciencia despiadada
cada vez que acomete
me enrostra mucho tapete,
mucho beso y mucha almohada.
Mucha hora disipada
en nervioso caminar
so pretexto de tomar
ora la luna, ora el sol;
mucho café, a lo español,
mucho reír, mucho hablar.

Sin embargo, estoy contento;
esta vida a la ventura
me ha dejado una frescura
de niño desnudo al viento.
Sólo yo sé cómo siento
la belleza universal:
el oro, rosa y cristal
que arma la aurora al nacer,
y el talle de una mujer,
todo el bien y todo el mal.

A una mujer que me evocaba el mar

Estás hecha, mujer, para evocada
contra el nocturno ébano bruñido:

eres como un jazmín humedecido,
eres como una valva nacarada.

Incitante frescor de agua salada
engólfase en tu nuca, estremecido;
tienes los ojos de un color perdido,
tu boca como el mar es ondulada

y un alga de oro finge tu melena.
Yo soy ése que está sobre la arena,
tú eres así como una mar tendida,

me salpicas de azul de vez en cuando
e indiferente huyes y jugando...
Y así pasan los años y la vida.

Poeta

Un hombre que camina por el campo
y ve extendido entre dos troncos verdes
un hilillo de araña blanquecino
balanceándose un poco al aire leve.

Y levanta el bastón para romperlo,
y ya lo va a romper, y se detiene.

Ultimas

Yo me lancé a la vida,
audaz, desnudo,
apretada una rosa
en cada puño.
Y no he hecho nada,
aquí estoy sentadito
a la ventana.

He sido siempre el hombre
de última hora,
el que pierde ocasiones
y el que llora.

Soy el que corre
por andenes vacíos
el postrer coche.

Yo era como una hoguera
resplandeciente,
danza de llamas blancas,
rojas y verdes.
Ahora soy humo,
una antorcha caída
al pie de un muro.

El segador

El segador mete la hoja
de su guadaña entre la hierba
y todo cae ante su filo
con un rumor suave de seda.

El segador es un vaivén,
el sol lo baña, el sol lo llena.
El segador se yergue airoso,
de la colodra extrae la piedra.

Áspero ruido cunde el prado
y de uno en otro árbol resuena.
Así es la vida, así es la muerte,
pétalo dulce, cuña férrea.

El segador ciñe una faja,
la hierba sube entre sus piernas.
El segador, sin advertirlo,
se va enterrando mientras siega.

El poeta

La tempestad podrá en olas deshechas
fingir pluma en el aire de un navío,
dejando entre la sombra y el vacío
erizadas las tablas más derechas.

El fuego podrá en llamas como flechas
hacer cenizas del palacio frío,
llevarse un pueblo desbocado río,
y rebaños y bosques y cosechas.

Podrá un cuerpo caer tras la saeta,
o tras la enfermedad o la locura
rumiar limosna el hambre más secreta.

Mas siempre la canción irá a la altura.
Se yergue entre las ruinas el poeta:
no hay desventura contra su ventura.

Canción de luna

En el aro ligero de la luna
canta para mí solo un ruiseñor.

A cada golpe de oro de su pico
brota en el aire una constelación.

Canta el pájaro pardo dulcemente
y se eriza de plumas y palor.

Cuando se pone el pecho más delgado,
dice mucho más clara su canción:

Morir, acaso, es continuar un sueño
de luna en luna, y de sol en sol.

A una amiga desaparecida hace tiempo

Llegaste un día hasta mi casa,
hasta mi puerta doctoral;
de un alamillo eras la sombra,
frío, sin hojas, otoñal.

Con tu presencia ya decías
más que pudieras hablar,
y me dijiste lo preciso
que no olvida nunca más.

En toda clase de oleajes,
felicidad, adversidad,
te he recordado a cada hora
y ya no hay tiempo de olvidar.

Que Dios te tenga en su regazo
amplio y movible como el mar,
con lo que guarda entre sus dedos
hechos de lumbre sideral:
haces delgados de colinas,
riendas briosas de cristal,
nubes de invierno y de verano,
conos de luz y oscuridad.

Que Dios te tenga en su regazo
y no te avente al alentar.

En la avenida Costanera

Solo, alegre, sano, fuerte,
vestido el cielo de blanco,
sentado estoy en un banco
orgulloso de mi suerte.
Lejos del mal y la muerte
sopeso mi poderío;
y a mí mismo me sonrío
dueño de mi pensamiento,
de la frescura, del viento,

de la Ciudad y del Río.

Bajo el cielo tenebroso,
el gran Río de la Plata,
a duras penas dilata

un plúmbeo caudal oleoso.
Abatido, sudoroso,
contemplo su pequeñez:
agua, tosca, lodo, hez,
una boya roja o verde,
una estrella que se pierde
y el salto fugaz de un pez.

En ti encuentra el caminante
o el amigo del reposo,
el álamo tembloroso
o el pétreo bloque gigante.
Y la lección humeante
de fábrica o de navío...
Celébrate el verso mío,
llena de sol y de viento,
y a Buenos Aires contento
con las aguas de su Río.

1928

Ultimas décimas de fa Costanera

¡Qué serena va la quilla
por el río de león!
Suavidad y decisión,
parece mano y cuchilla.
Se pinta en tinta amarilla
un pespunte luminoso,
ya recto, ya tortuoso,
de camarotes y puentes,
y se adivinan las gentes
con el rostro caviloso.

Ya sobre el río abombado
y entre sus remolcadores
el barco pierde colores

y luces lo iluminado.
El crepúsculo ha aumentado
y el humo ya es un penacho.
El navío es sólo un cacho
que se esfuma, que se va.
Yo también me marcho ya,
y era apenas un muchacho.

Me voy entre altoparlantes,
calesitas, farolillos,
y gorriones, y grillos
y el rodar de los rodantes.
Todo es igualito que antes,
la misma copa redonda,
el agua cerúlea y honda,
vigilantes, heladeros,
y amoríos pasajeros
perdidos bajo la fronda.

¿En dónde está mi cabeza
tan rápida para ver
el vuelo de una mujer
o una estrellita que empieza?
¿Mi vértigo y mi pereza,
y mi despreocupación?
Cómo salta el corazón,
y cómo late mi frente,
y qué borroso el ambiente
y mi ambo de confección.

2. Ultimas décimas de la Costanera

Pedazo de verde banco
que ocupo ahora otra vez...
Pienso en la ola y el pez
y el faro tuerto y blanco.
Yo tuve un día a mi flanco
otro río de calor,
alguna cintura en flor,
hasta en este propio asiento.
Hoy sólo me roza el viento,
blando, como ayer, de amor.

Si puede no escriba más

esta estrofa dura y leda,
celebraré la alameda
que no se acaba jamás.
El leve y vario chis chas
que hacen entre sí las hojas,
las últimas nubes rojas,
el río, negro del todo,
mi bastoncillo, mi codo,
y mis dos rodillas flojas.

1938

Con esta palabrita
se terminó el poema.
Vedlo cómo se yergue,
habla, sonríe, juega.

Ahora puede ocupar
su lugar en la tierra.

1950

Apunta de verso

A punta
de verso,
me abrí un caminito
por el bosque espeso.

A punta
de verso,
me hice una corona

de besos.

A punta
de verso,
heriré al olvido

en mitad del pecho,
grabaré mi nombre
en mármol eterno:
Fernández
Moreno.

A punta
de verso.

1927

Poemas Inéditos

1

De par en par abierta está mi casa:
una ventana innumerable y fría.
Hiélate más oh noche todavía
y aguja más aguja me traspasa.

Busca mi alma, una planicie rasa,
que hace apenas dos horas florecía,
con un lirio de oro en agonía.
Penetra, agota, pisotea, abrasa.

Si te has propuesto verme enloquecido,
mírame ya, los ojos en el techo,
el rostro por un brazo en dos partido

mientras descansa el otro sobre el pecho.
Mátame, noche, que ya estoy tendido,
rodeado de recuerdos y en mi lecho.

2

¿Cómo estarás, palmera alucinada,
y no del mar del trópico en la orilla
sino en tu casa y entre silla y silla,
erguida, hecha una curva o acostada?

¿Silenciosa, indecisa, arrebatada?
Porque es así la doble maravilla:
rosa de té, la mano en la mejilla,
o silábica fuente desatada.

¿Cómo estarás, me dije, atravesando
paredes y aire con el pensamiento,
sobre una y otra almohada suspirando?

¿Cómo estarás, me digo en mi tormento,
esta tercera vez casi llorando,
y así diez veces, veinte, treinta, ciento?

3
Aromas

Cuando regreso a casa no me lavo las manos
si es que he estado contigo un instante no más,
el aroma retengo que tú dejas en ellas
como una joya vaga o una flor ideal.

Por aquí huelo a rosas y por allá a jazmines,
alientos de tus ropas, auras de tu beldad
aproximo una silla y me siento a la mesa
y sabe a ti y a trigo el bocado de pan.

Y todo el mundo ignora por qué huelo mis
manos
o las miro a menudo con tanta suavidad,
o las alzo a la luna bajo las arboledas
como si fueran dignas de hundirse en su

cristal.

Y así hasta media noche cuando vuelvo
rendido
pegado a las fachadas y me voy a acostar,
entonces tengo envidia del agua que las lava
y que, con tu perfume, da un suspiro y se va.

4
Cuerpo

¿Qué del paisaje de marfil me queda
éstos de soledad, días transidos?
El movedizo juego de tus pechos,
balanceo de rosas, de palomas,
menos aún, dos grandes gotas de agua
rodando en el espacio vacilantes.
Así van, así van de un lado a otro,
gotas doradas, pompas de ti misma,
hasta que al fin, horizontal, se aquietan,
apaciguados, graves, circulares,
apenas temblorosos en la noche.

5
Bolilla XVIII

Darío, Silva, Nervo, B. Fernández Moreno..."
Delante de mis ojos tengo el programa abierto.
Capuchón de la lluvia, arbusto de sol lleno,
yo soy el que te ama, pero mírame muerto.

6

Acabo de pasar, amor, por el correo
-chisporrotea el lacre, oscila la balanza
es como un girasol de oro mi deseo

y como una ramita de espliego mi esperanza.

Aquí estoy con tu carta, al sesgo, en una mano
emboscado en esta sombría callejuela...
Tu carta, que es la última rosa de mi verano.
Déjame que la palpe, la sopese y la huela.

7

Dulce amor de pasillos, dulce amor de
rincones,
cuando ya es una bruma el aliento deshecho.
Sentir sobre mi pecho la amplitud de tu pecho
y como dos deditos pequeños tus pezones.

Y bajar la escalera trémulo de deseo
aprovechando el último peldaño para verte.
Hasta que el frío dé cuenta de mi deseo.
(El frío no podría y no sé si la muerte.)

8

Desnúdate. No te desnudes.
Besa. Ven. Huye.

Desde pies a cabeza.
Todo: raso y maleza.

9

Ordéname el pensamiento
-lo único que te pido
para eso me lo has revuelto.

10

Entre una y otra clase, en la tarde de lluvia,

te escribo cuatro líneas, u ocho, mejor dicho
(la lluvia con el sol detrás, sería rubia)
y dejo que la pluma divague a su capricho.

Vaga sobre el papel pero tan suavemente
como mi pensamiento sobre tu dulce cara.
No te veré después, como pensé, inocente...
Dios dispuso que hoy sólo te dibujara.

11

Ayer hemos estado, sin querer, en Oriente,
entre ornamentos aúreos y olorosas resinas.
¡Qué pomposo tu pelo y qué hermosa tu frente
entre las hieráticas vírgenes bizantinas!

¿Eramos dos viajeros, éramos peregrinos?
¿Eramos dos curiosos, frívolos, al pasar?
Yo no sé lo que somos, cuáles nuestros
caminos.
Yo hablo demasiado, tú no quieres hablar.

12

Ya no soy profesor, médico ni poeta,
por obra de tu gracia, por ley de tu candor,
desde su rama altísima una alondra decreta:
Usted es un pastor. Usted es un pastor.

Oh venturoso oficio áspero y delicado,
ahora soy pastor, lo mismo que David.
Delante de mi choza tengo un olmo plantado,
un olmo vigoroso... Tu recuerdo es la vid.

13

Oh frente despejada, oh boca dibujada,
oh mentón suavemente apoyado en la mano,

oh cabellera a un tiempo libre y disciplinada.
Tienes una perfecta cabeza de Ticiano.

Ahora dime, contorno, lo que guardas adentro,
¿cuál es, entre fantasmas y sombras, tu verdad,
ésa como un diamante que se cuaja en el
centro
cuando estás sola a solas, sola en la oscuridad?

14

Adoro tu manera menudita y brumosa,
hecha de pizcas grises y dorados reflejos,
de oscurecer el sol y de velar la rosa,
de mirar a los pies y mirar a lo lejos.

Me gusta verte quieta, fundida en el paisaje,
maraña de ladrillo, de sauces y de río,
inmóvil en la hoja lóbrega de tu traje...
Fundida en el paisaje, pero al costado mío.

15

El cuello se te llena, amor de corazones
si rozo tus mejillas. Como un agua palpita.
Traduce dulcemente todas tus sensaciones
con una precisión admirable, infinita.

Detrás está la noche y los ramos copiosos
y mi brazo, y en él, tu cabeza perdida.
Los ojos apacibles se tornan dolorosos
y no sé si te vas o vuelves a la vida.

16
Travelling

El olorcillo a incienso, el rumor de los fieles
te rodea, te embebe, te eleva y te transfigura.

Torbellino de cirios y de místicas mieles
a mí también me arrastra y me sube a la altura.

Amor crepuscular, idilio sin mañana,
yo que empecé hecho un ángel, y, ¿habré
perdido el cielo?
Los dos estamos sobre una misma ventana
y te miro entre el pico y el nudo de un pañuelo.

17
Fotos

Rueda la media luna, feliz, sobre el Congreso,
todo su blanco mármol aparece espectral,
y yo estoy sonrosado y tibio por tu beso.
Nocturno, resplandezco, por su influjo, auroral.

Es noche veraniega en la mitad de mayo,
la humedad en la piedra su arroyuelo deslíe.
No existe la mentira, ni la vejez, ni el rayo...
Entreabre tu ventana. Un poco más. Sonríe.

18

¿Qué tren nos ha traído? ¿En qué lugar
estamos?
Por su verde y su rojo esto es Inglaterra,
pero allí está un ombú patriarcal con sus
ramos.
Esto es un rincón cualquiera en nuestra tierra.

Dóblate dulcemente sobre el pretil del puente,
vuelve hacia mí tu pelo, tu beso, tu mirada.
Deja que por detrás corra el viento y la gente.
El viento, el polvo, el prójimo... Ya lo ves: casi
nada.

19

Cómo juegas conmigo cuando hablas de tus

años
desde tus ojos vivos, desde tu cutis terso.
Conmigo, ramo de lustros y desengaños
(mi única juventud eres tú y mi verso).

Tengas la edad que tengas es cosa indiferente,
eres la eternidad que se azula o se sonroja.
¿Qué años puede tener el cristal de la fuente?
¿Qué edad tiene la estrella? ¿Qué edad tiene
la hoja?

20

Soy el acostumbrado a la negrura,
a la fachada y a la callejuela:
el desvelado soy y el centinela
junto al zarcillo de tu donosura.

Tengo miedo del Centro y su blancura
y de su abigarrada clientela:
del automóvil que a mi lado vuela,
y del colega y su literatura.

La noche se abre sobre mi cabeza
como la nave de una iglesia viva;
todo es penumbra, vaguedad, pereza,

no hay una estrella, ni siquiera furtiva.
Un búho soy en torno a tu belleza,
oh mi labrada lámpara votiva.

21
Luján

No quiero no, no quiero serranías,
ni la ola marina y su jactancia,

ni el fondo verde y oro de una estancia...
Quiero pasar, verano, aquí mis días.

Cerca de aquí y de tus niñerías
y de tu lealtad y tu constancia,
adherido a tu piel a su fragancia...
Que te enojes, que hables, que te rías.

Abandonada, así, sobre la grama
mientras yo te contemplo, distraído,
con la profunda distracción del que ama.

Revuelta de cabello y de vestido,
retorcer el marfil como una rama:
tu cuerpo descubierto y escondido.

Librodot